

»to que se tributa á sus Ministros, se refiere á »él.“

Celso ignora, que *todos los Dioses de los Gentiles no son sino Demonios (Ps. 95.)*, espíritus pervertidos y degradados. *Aunque se dé á muchos el nombre de Dios y de Señor*, solo hay un Dios, Rey de Reyes, y Señor de Señores. *Nosotros*, dice Pablo, *no tenemos sino un Dios, Padre, de quien todo procede, y un solo Señor, Jesu-Christo, por quien todo es. (I. Cor. 8.)* Mas no porque no se nos pueda seducir á adorar á otro Dios, ó á servir á otro Señor, somos ya sediciosos. Huimos de la sociedad, es cierto, pero ¿de qué sociedad? De la sociedad de los que no tienen relacion alguna con la alianza de Dios, y están desterrados de la Ciudad santa. Huimos, vuelvo á decir, de ellos, á fin de vivir como ciudadanos del cielo, acercarnos al Dios vivo, y *arriivar á la Jerusalem celestial, á la sociedad de los Angeles, y á la Iglesia de los primogénitos, que están inscritos en el Cielo. (Hebr. 12.)*

N. 6. 7. y 8. Jamás hemos creído, que Dios tuviera necesidad de nuestro culto: sabemos, que aunque se lo neguemos, ni podemos afligirle, ni hacerle agravio alguno. A nosotros, sí, que nos hacemos el mayor agravio, separandonos de Dios, centro y origen de nuestra felicidad, que nos anima con su espíritu de adopcion, el qual exclama en el fondo del corazon de todos los hijos del Padre celestial: *Padre mio, Padre mio. (Rom. 8.)*

Nunca pudo conseguirse, que los Embaxadores de Esparta consintiesen en postrarse ante el Rey de Persia. Las Guardias de este Rey usaron para ello de violencia, pero en vano, porque los Espartanos no reconocian otro Señor, que la ley de Licurgo. Pues si á nosotros nos honra una embaxada mucho mas augusta por Jesu Christos; ¿cómo es posible, que ni los Príncipes, ni los Demonios, ni sus satélites nos obliguen jamás á adorar á los Dioses, ó á los Monarcas de ninguna nacion?

N. 9. Celso se refuta á sí mismo diciendo, que no se ha de adorar sino á aquellos, que Dios quiere que sean adorados. Muestrenos pues, que Dios quiere, que sus Dioses ó sus Demonios sean adorados; que es lo que nosotros le demostramos por lo que respeta á Jesus. Porque Dios quiere, que *todos honren al Hijo, como honran al Padre. (Joan. 5.)* Las Profecías que anunciaron á Jesus, son un testimonio auténtico de su Divinidad, así como tambien los milagros que él hizo, no por medio de los secretos de la mágia, como Celso pretende, sino mediante la virtud de su Divinidad, atestiguada por los Profetas. Y así, no se puede decir que obra contra la razon, el que tributa un culto al Hijo y al Verbo de Dios. Por otra parte, este culto es tan ventajoso al hombre, como legítimo; porque es una cosa indubitable, que se hace mejor el que adora al que es la verdad misma, la sabiduría, la justifi-

cia, en una palabra, todas las virtudes, como las divinas Escrituras nos lo enseñan.

N. 10. Por lo demás, el culto del Hijo de Dios, así como el de Dios Padre, consiste principalmente en la santidad de vida: y así como se deshonorra á Dios traspasando su ley, se le honra por el contrario observandola. *Vosotros*, dice Pablo, *que os gloriais de la ley, deshonraís á Dios traspasando la ley.* (Rom. 2.)

N. 11. Celso nos acusa, como si fuera una impiedad, de que no llamamos Señor, sino á un Dios solamente, introduciendo por este medio la discordia en el Reyno de Dios, é indisponiendo á los Dioses unos con otros. Mas para eso debia haber probado primero, que esos infames Demonios que los Gentiles adoran, eran otros tantos Dioses.

Apenas nos quitamos de la boca el Reyno de Dios: el término de todos nuestros votos es, que Dios solamente sea nuestro Rey, y que su Reyno sea el nuestro. Dios no tiene que temer á otro Dios por enemigo; por mas que algunos hombres perversos, á imitacion de los Gigantes y Titanes, se atrevan con Celso á enarbolar el estandarte, ya contra Dios que ha dado tantos testimonios de la divinidad de Jesus, ya contra el mismo Jesus, que por la salvacion de los hombres se ha manifestado al mundo entero, en quanto cada uno pudo conocerlo.

N. 12. «Los Christianos, continúa Celso, ten-

«drian alguna razon para no adorar á los Dioses, si no adorasen mas que á un Dios; pero es el caso, que adoran tambien á un hombre, que nació poco hace.»

Celso ignora, que *el Padre y el Hijo no son sino uno, y que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre.* (Joan. 10.) Jesus no nació poco hace: *Yo soy*; nos dice él mismo, *antes que Abrahám: Yo soy la verdad.* (Joan. 8. 14.) Es indubitable, que la verdad era anterior al tiempo en que Jesu-Christo pareció sobre la tierra. En una palabra, nosotros adoramos al Padre y al Hijo, que son dos en quanto á la hipóstasis ó la persona, pero no son mas que uno por el concierto é identidad de la voluntad: de manera que el que haya visto al Hijo, perfecta imágen del Padre, ha visto en él al Padre. Luego tenemos sobrado fundamento, aún en sentir de Celso, para detestar el culto de los Dioses.

N. 13. «Si adorais al Hijo de Dios juntamente con su Padre, nos dice Celso, se sigue que «debeis tambien adorar á sus Ministros.»

Si los Demonios fueran verdaderamente Ministros de Dios, podriamos exâminar, qué especie de culto convendria tributarles; pero ya hemos dicho lo bastante acerca de la naturaleza de los Demonios. Nosotros no adoramos sino á un solo Dios, y á su Hijo, su Verbo, su imágen, por medio del qual ofrecemos nuestras oraciones al Dios supremo; suplicandole, que en calidad

de Pontífice por excelencia, y de víctima por nuestros pecados, se digne presentar á Dios nuestros votos, nuestros sacrificios, y nuestras oraciones. Adoramos al Padre, adorando á su Hijo, que es su Verbo, su sabiduría, su verdad, su justicia, y todo lo que debe ser el Hijo de un Padre semejante.

N. 14. 15. y 16. «Aún quando se les demuestre, continúa Celso hablando de nosotros, que Jesus no es el Hijo de Dios, sino que el Dios que merece ser adorado, es Padre de todos igualmente; se obstinan en querer adorar al que ellos llaman Hijo de Dios, al que es cabeza de su sediciosa secta, y á quien encarecen lo mas que pueden.»

Nosotros hemos aprendido, que Jesus es el Hijo único del Padre, *el esplendor de su gloria, la figura de su substancia, la emanacion pura de la virtud del Todopoderoso y de la luz eterna, el espejo sin mancha de la magestad de Dios, y la imagen de su bondad.* (Hebr. 1. Sap. 7.)

Jesus, lejos de ser autor de turbulencias y sediciones, es autor de la paz. *Yo os dexo la paz, dice él mismo; yo os doy mi paz; os doy una paz muy diferente de la del mundo.* (Joan. 14.) Quando en este mundo nos vemos expuestos á la persecucion, ponemos en él toda nuestra confianza, porque nos tiene dicho: *el mundo os perseguirá, pero confiad en mí, que he vencido al mundo.* (Joan. 16.)

Celso nos imputa opiniones que jamás hemos sostenido, y particularmente que decimos, que *Jesus es superior al Dios que rige el universo.* Nosotros sabemos por el contrario, que Jesus dixo: *mi Padre, que me ha enviado, es mayor que yo.* (Joan. 14.) No hay entre nosotros ninguno tan estúpido que diga, que el Hijo del hombre es Señor de Dios: solamente creemos, que el Hijo domina sobre todas las criaturas que su Padre le ha sometido.

N. 17. Nos acusa Celso de que no erigimos templos ni altares. Contentemonos con responderle, que el alma de cada justo es el altar, de donde se elevan perfumes hácia el cielo; quales son las oraciones formadas por una conciencia pura: por lo que dixo Juan: *los perfumes son las oraciones de los Santos.* (Apoc. 5.) Las obras de los artesanos no son las estatuas y dones, que agradan á Dios, sino las virtudes que el Verbo Divino forma en nuestro interior, y por medio de las quales imitamos al primogénito de todas las criaturas, al modelo de la justicia, de la templanza, de la fortaleza, de la sabiduría y de todas las virtudes. Los que se despojan del hombre viejo y se revisten del nuevo, se hacen imagen del Criador, y le erigen dentro de sí mismos las estatuas que él apetece. Y así como entre los escultores y pintores hay talentos sublimes y consumados, hay Fidias y Policletes, Zeuxis y Apeles: del mismo modo hay entre los

Christianos algunos hombres, que representan con tanta perfeccion la imágen de Dios, que ni el Júpiter de Fideas podria compararse con ella. Pero la imágen mas parecida, la mas acabada se halla en nuestro Salvador mismo, que dice: *mi Padre está en mí.*

N. 18. Todos los justos procuran acercarse quanto pueden, á aquella perfecta é incomparable semejanza, contemplando á Dios con un corazon puro, y haciendose imitadores suyos. Estas son las estatuas, estos son los altares, que los Christianos zelosos erigen al único verdadero Dios; nó simulacros inanimados y percederos, muy dignos de los espíritus impuros á quienes están consagrados; sino altares y estatuas tan inmortales, como el alma misma en que están colocadas, y destinadas á recibir el espíritu de Dios, que reside en ellos, como en su propia mansion. *Yo, dice Jesus, habitaré en medio de ellos, seré su Dios, y ellos serán mi Pueblo.... Si alguno escucha mis palabras, y observa mis preceptos, mi Padre y yo vendremos sobre él, y estableceremos en él nuestra morada. (II. Cor. 6. Joan. 14.)*

N. 19. y 20. Nuestros templos son correspondientes á nuestros altares y á nuestras estatuas: porque no construimos templos muertos é inanimados para el autor de la vida; sino que nuestros cuerpos son sus templos: y si alguno mancha por medio del crimen este divino templo, Dios lo exterminará como á un impío y profanador.

El mas augusto, el mas sagrado templo de Dios, es el cuerpo de nuestro Señor Jesu-Christo. *Destruid este templo, les decia Jesus á los Judíos, que yo lo reedificaré en tres dias: él hablaba del templo de su cuerpo. (Joan. 12.)*

La Sagrada Escritura, revelandonos el misterio de la resurreccion, nos da á entender, que estos templos destruidos por la muerte, serán reedificados en el cielo, de piedras vivas, y de las piedras mas preciosas. *Vosotros estais edificandos, dice Pablo, sobre el cimientto de los Apóstoles y de los Profetas, y sobre la piedra angular, que es Jesu-Christo. (Ephes. 2.)* Isaías refiere por menor las piedras de que será compuesto el edificio de la celestial Sión: estas piedras son los justos. Y esto basta, á lo que yo pienso, para justificarnos acerca de la acusacion de Celso, que nos hacía cargo de que no teniamos estatuas, altares ni templos (a). Ello es constante, que los

(a) De este cargo de Celso, y de otros cargos semejantes, que los enemigos del Christianismo acostumbraban hacer á los Christianos, así como tambien de las respuestas de nuestros Apologistas, por exemplo, de Minucio Felix, Arnobio, Lactancio, y San Clemente de Alexandria, que son con corta diferencia las mismas que las que da Orígenes; se sigue claramente, que los Christianos, durante los tres primeros siglos de la Iglesia, y en lo fuerte de las persecuciones, no tenian templos contruidos y adornados, que llamasen la atencion de los Paganos; esto es, no tenian estatuas ni altares destinados

templos, las estatuas, los altares y los perfumes de los Gentiles; consagrados al culto impío y absurdo de los espíritus impuros y perversos, no pueden entrar en comparacion con los nuestros.

N. 21. 22. y 23. »Dios, dice Celso, es el Dios »de todos los hombres. Es bueno, no necesita »de nada, ni es susceptible de envidia: ¿por qué »pues, aquellos que le están especialmente con-

para quemar y degollar víctimas. Pero no se puede decir, que careciesen absolutamente de Iglesias, y de lugares particularmente consagrados para sus juntas, y para la celebracion de los misterios, sin desmentir á los Autores Eclesiásticos de aquel tiempo, y aún á los Historiadores Paganos. Se puede consultar entre otros á Eusebio, Lactancio, á Orígenes mismo en muchos lugares, á Lampridio, &c. En muchos edictos de persecucion vemos tambien, que se mandaba destruir las Iglesias de los Christianos, ó arrancarlas de su poder: y así es que Constantino, quando dió la paz á la Iglesia, mandó que se les restituyeran.

Los Escritores Eclesiás-

ticos enseñan constantemente, que no se puede representar á la Divinidad baxo ninguna figura, ni adorar sin impiedad imágen alguna: mas no por eso el uso de las imágenes dexaba de ser conocido y aprobado en la Iglesia desde los primeros siglos, como lo afirman Eusebio, Sozoméno, Nicéforo, San Agustin, Tertuliano, y aun Focio. Nótese en las respuestas de Orígenes y de Minucio Felix, que nuestros antiguos Apologistas, por ciertas razones de prudencia, dictadas por las circunstancias de los tiempos, se abstengan de revelar á los profanos los misterios de la Religion, y de indicar á los perseguidores del nombre *Christiano*, los lugares de las asambleas de los fieles.

»sagrados, no han de tomar parte en las fiestas »públicas?«

Yo no percibo absolutamente la fuerza del argumento de Celso. Nosotros no tendríamos dificultad en tomar parte en las fiestas públicas, si no estuvieran fundadas sobre el error, ó pudieran ser miradas como una consecuencia del culto religioso que se le debe á Dios. Pero siendo como son unas fiestas puramente humanas y contrarias al culto divino, en las cuales todo se refiere únicamente á las propiedades naturales de algunos seres criados; ¿cómo es posible, que los fieles y religiosos adoradores de Dios carezcan de razones poderosas, para negarse á celebrarlas? *Celebrar las Fiestas*, dice un Sábio Griego, *es cumplir con su obligacion* (*Thucid. l. 1.*): y así el que cumple con todas sus obligaciones, el que ora á Dios sin cesar, y le ofrece víctimas espirituales, celebra verdaderamente las fiestas.

Pablo nos dice con una profunda sabiduría: *Vosotros observais los dias, los meses, los tiempos y los años: yo temo que he trabajado en vano entre vosotros.* (*Gal. 4.*)

Si alguno hay que nos oponga las Fiestas del Domingo, de la preparacion para la Pascua, de la Pascua, y de Pentecostes, que los Christianos acostumbra celebrar; le responderémos, que el Christiano perfecto, cuyas palabras, acciones y pensamientos tienen siempre por objeto al Verbo de Dios, su Señor, celebra todos los dias el

Domíngo, esto es, el día del Señor. Asimismo, el que se prepara continuamente para la vida eterna, se abstiene de todo deleyte, castiga su cuerpo y lo hace esclavo; celebra todos los días la fiesta de la preparacion. El que piensa que Christo, Pascua de los Christianos, fue inmolido, y que se celebra su fiesta comiendo su carne; el que con sus pensamientos, con sus discursos, con toda su conducta, pasa de esta vida á la vida celestial, celebra todos los días la Pascua ó la fiesta del tránsito. Finalmente, el que habiendo resucitado con Christo, está sin cesar en oracion con los Apóstoles, hasta hacerse merecedor de recibir al Espíritu Divino, que arranca del corazon de los hombres todas las semillas de iniquidad y corrupcion; este tal celebra sin duda tambien todos los días la fiesta de Pentecostes.

Pero el comun de los fieles no es capaz de una perfeccion tan acrisolada; por eso necesita de un culto extérior y sensible, que le renueve la memoria de todos esos misterios, los quales, sin este auxilio, se borrarían quizá de su corazon. Mas ¡qué diferencia tan enorme entre la inocencia y la santidad de nuestras fiestas, y la disolucion y excesos de las fiestas paganas!

Sería muy largo, que explicásemos ahora, por qué la Ley manda comer pan de afliccion en los días de fiesta, y alimentarse de lechugas silvestres. (*Deut. 16. Exod. 12.*)

El hombre compuesto de *un cuerpo que se rebela contra el espíritu, y de un espíritu que se rebela contra el cuerpo* (*Galat. 5.*), no podría celebrar estas Fiestas con el cuerpo y con el espíritu á un mismo tiempo. Si las celebra con el espíritu, afligirá á la carne, que se opone al espíritu; si las celebra con el cuerpo, no lo puede hacer con el espíritu.

N. 24. 25. 26. y 27. Celso insiste todavía en que comamos de lo que se ofrece á los ídolos, y asistamos á los sacrificios públicos. «Porque si los ídolos son nada, añade, no hay ningun inconveniente; y si es que son Demonios, son por consiguiente ministros de Dios.»

Yo creo que debo referirme á la primera Epístola á los Corintios, en donde Pablo se pone de intento á demostrar, quán peligroso es, por causa del escándalo, y quán criminal al mismo tiempo, el comer de los manjares que se ofrecen á los ídolos, ó comer en la mesa de los Demonios, que nos excluye necesariamente de la del Señor. Ya hemos probado, que los Demonios no son ministros de Dios. Los Angeles bienaventurados son Angeles de Dios; pero los Demonios son Angeles del Diablo: y no es Dios su Príncipe, sino Belzebút, como nuestras Escrituras lo enseñan. En vano nos cita Celso las leyes, que nos mandan sacrificar á los Demonios y propiciarlos. ¿De qué leyes habla? Muestrenos que no se oponen á las leyes divinas: porque de otro

modo son leyes impías, no son leyes, para nosotros que sabemos, que *se ha de obedecer á Dios primero que á los hombres*. Tampoco procuramos orar á los Demonios, como Celso nos exhorta; sino que dirigimos únicamente nuestras preces al Dios supremo y á su único Hijo, primogénito de todas las criaturas. Y así como no solicitaríamos el favor de los perversos, que quisieran que los imitásemos, porque su amistad nos acarrearía la enemistad de Dios; no queremos tampoco solicitar el favor de los Demonios, porque conocemos su extraordinaria inclinacion al alma y á la impiedad.

Por lo demás, los Christianos, confiados en el auxilio del Cielo, no temen á vuestros Dioses ni á vuestros Demonios: porque saben que el Todopoderoso los defiende contra sus enemigos, y ha ordenado á sus Angeles que los guarden. El fiel adorador del verdadero Dios y de Jesus, Angel del gran Consejo, se rie del vano furor de los Demonios. *El Señor, dice él, es mi Salvador, ¿á quién temeré? El Señor es mi protector, ¿quién me hará temblar? (Sal. 26.)*

N. 28. *Ec.* «Si los Christianos, dice Celso, se abstienen de las viandas que se ofrecen á los ídolos, debian abstenerse tambien de toda especie de viandas, como los Pitagóricos.»

No hay duda, que así debía ser, si creyéramos en su disparatada metempsícosis. La ley Judáyca mandaba á los Judíos, que se abstuvie-

sen de un número considerable de animales, que eran mirados como inmundos: pero Jesus, queriendo que su doctrina procurase la salvacion de todos los pueblos, nos ha libertado de estas leyes incómodas, diciendonos, que *lo que entra por la boca no mancha al hombre, sino lo que sale de ella y procede del corazon; por exemplo, los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los testimonios falsos, las blasfemias. (Matt. 15.)* Y para que se supiera sin equivocacion lo que habia de observarse, *pareció del caso á los Apóstoles, congregados en Antioquía, ó como ellos hablan, al Espíritu Santo, no prohibir á los Gentiles sino el uso de las cosas que se ofrecian á los ídolos, las viandas sofocadas y la sangre. (Act. Apost. 15.)* Celso dice, que si nos abstenemos de las cosas que se ofrecen á los Demonios, debíamos por consiguiente no comer ni beber, ni aun respirar el ayre, porque los Demonios presiden á toda la naturaleza; pero esto lo dice sin alegar prueba alguna y contra toda razon. Nosotros reconocemos, que Dios ha establecido á los Angeles buenos sus Ministros sobre la tierra, y que ha puesto á cargo de ellos principalmente el cuidado de la salvacion de los hombres. *Hasta los mas desconocidos que hay en la Iglesia, tienen Angeles, que ven la cara del Padre celestial. (Matt. 18.)* Pero los Demonios no son de ninguna suerte Ministros suyos; y si es que Dios los emplea, ó los dexa obrar algunas veces, lo